

Bajo la mirada de JESUS

- ¿Qué puedo hacer aquí yo sola? Se preguntaba la florecilla, arrancada y llevada por el viento

- entonces se miró en los ojos de Jesús y descifró el gesto siguiente. Crecer hacia abajo. Echar raíces más a lo hondo en su amor. “Hay que seguir en la brecha”

“porque es eterna su misericordia”

- ¿Podré resistir yo aquí sola en este camino, cuando parece que se oscurece la noche en “tiempos difíciles”?

- Entonces se miró en los ojos de Jesús y descifró el gesto siguiente. Un “grupo pequeño” de amapolas le había regalado Él. Había que compartir la mesa y el camino. Dejarse sugerir y conducir como la amapola más pequeña.

“porque es eterna su misericordia”

- ¿Y si el soplo del viento me planta sola en el camino del servicio por donde no se ven las otras amapolas?

- Entonces se miró en los ojos de Jesús y descifró el gesto siguiente. Hay hermanos pequeños que no le conocen ni están en su corro. Es necesario compartir la misión, trabajar por el Reino, un poco de perfume en la senda de los pobres.

“porque es eterna su misericordia”

- Pero un día se le sobresaltó el corazón. ¿Y si un día me alcanza el dolor, la inutilidad, el total abandono?

- Fue entonces cuando Jesús le miró con más amor y le dijo: “No temas, que yo estoy contigo”. “Nadie te arrancará de mi mano”

- La amapola pequeña se sonrió y dijo: “¡Qué bueno eres Señor! Te has hecho pequeño y pobre. Tú eres nuestra alegría. Cógenos en tu mano”

“porque es eterna tu misericordia”

“Quedeme y olvídeme
el rostro recliné sobre mi amado;
cesó todo y dejéme, dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado”

Juan de la Cruz

AMEN. AMEN. Amén

¿Qué pasará con las amapolas?

Los hermanos veían en las sencillas amapolas una obra del Señor. Al verlas decían: El Señor nos ha bendecido. Camina delante de nosotros. Pero un día llegaron a angustiarse. No nacían allí las amapolas. Y las pocas que quedaban estaban marchitándose. Entonces preguntaron al Altísimo.

¿Quién se parece más al Padre?

La hermana, que había hecho el camino más largo, de la mano de la Virgen María, había pasado al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Y con frecuencia lo repetía. Fue Abraham la imagen que más se aproximó al Padre. Entregó a su hijo a la muerte. A su hijo único y amado (Gen 22,1-8).

¿Qué amor mayor se puede dar?

Y, ¿qué fue lo que más le hizo sufrir a Jesús, colgado del madero de la cruz?

A las tres de la tarde del viernes santo, fue el Padre el que entregó su Hijo a la muerte. “El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo no nos va a dar en gracia todo con él? Jesús en la cruz, quiso quedarse solo. Sintió al vivo nuestras ingratitudes. Pero lo que más sintió fue que el Padre le abandonara, para pasarle a nuestras manos, para la vida del mundo (Marcos 15,29-39)

Entonces, ¿Tenemos que dar también nosotros muerte a nuestros propios hijos?

Claro que sí, dijo la hermana. Hasta las amapolas más queridas, que necesitamos para vivir. Sólo Él. Sólo su Amor. Sólo su Cruz. Sólo su Fuego. Nos basta el pan suyo sobre la mesa. Nos basta la eucaristía para vivir. Dejarlo todo en sus manos. Y nosotros, tan solo ansiar compartir su muerte de amor por los hermanos en el aliento del Espíritu Santo (Filipenses 3,7-15)

Una sola palabra nos queda

“¡Señor, tu todo lo haces bien!”

“¡Que se haga en todo

la voluntad del Padre eterno!”

El Padre

“a su propio Hijo...

Por todos nosotros

Le entregó” Rom 8,32